

TE DE MANZANA EN ATOCHA

Descubrió con estupor que el tren estaba aún en el andén a pesar de la hora. Subió al primer vagón, como de costumbre, se sentó en el sitio de rutina y el tren arrancó entre los "¡ya era hora!" de los pasajeros más inflexibles y los "vamos tarde" de los más puntuales. Como cada día el revisor no sólo no le reclamó el billete, sino que le dio una bolsita de té.

Su bolsita de té.

Raquel la olió con fruición. Hoy era de manzana.

El mismo té que el conductor, en aquel preciso instante, deleitaba en la soledad de la locomotora, gozando en silencio por compartir con su amada ese pequeño placer.

TE NEGRO EN ESTAMBUL

- "¡Oh, Magnánimo Señor!- dijo el Gran Visir con alarma – la chusma está a punto de asaltar el palacio. Las calles están llenas de ciudadanos descontentos".

El Sultán acercó la humeante taza a sus labios. Ese brebaje oscuro, hasta entonces desconocido, penetró intensamente primero en su nariz y después en su boca.

Se tomó unos segundos de paréntesis para saborearlo con los ojos cerrados. Se incorporó un poco en su silla para mantener la espalda recta y mostrar un aspecto seguro y sabio. Con serenidad miró a sus ministros y sentenció:

-“Ordenad que por toda Estambul y que por todo el país, se abran teterías públicas. Ningún ser humano podrá alzar nunca la mano contra un rey que pone al alcance de su pueblo una bebida tan exquisita”.

TE VERDE EN MOSCÚ

El Rey miró a su amada
apesadumbrado.

-“Mi Señora, no perdamos la
esperanza por el Supremo Hacedor”
Habían ido cayendo todos sus
seguidores ante el impío ejército
negro. Primero la fiel y humilde
infantería, después los aguerridos
caballeros. Los dos amantes esposos
se habían refugiado en las torres,
tras las líneas de su ejército blanco.
Sabían que era inútil.

Con desasosiego observó el monarca
la mano del Destino, acercándose
rápida y eficazmente. -“Por Vos
muero”- murmuró la Reina Blanca.
Sumido en desesperación y derrota,
el Rey se desplomó.

Lo último que notó fue un intenso
olor a té verde. Kasparov apuró la
taza para celebrar su victoria.

TE ROJO EN BARCELONA

Agnés tomó la humeante taza de té con las dos manos y la olió.

Tenía por costumbre olerlo todo antes de tomarlo. Olía las porciones de comida y olía las bebidas. Olía las personas cuando pasaban por su lado y les robaba sus olores, sus gestos, sus rostros o sus voces. Olía a los hombres antes de besarlos, antes de lamerlos, antes de hacer el amor.

Y olía sus sueños antes de huir y desaparecer, quedándose con sus historias.